

EL VATICANO II, 50 AÑOS DESPUÉS

Lucio del Burgo ocd

Vivía en Ávila. Fuimos a recibir al Obispo que venía de Roma y había asistido al Concilio, magna congregación de obispos de todo el mundo. Los alrededores de la catedral estaban llenos de creyentes. Cada diócesis organizó el recibimiento a su estilo pero en todos los sitios revistió cierta solemnidad.

Pronto salieron los “Documentos del Vaticano II”. Los leí y releí, aprendí muchas cosas y eso que todavía no había estudiado teología. Reuniones y más reuniones para asimilar la nueva mentalidad que estaba imponiéndose en la Iglesia. Los cambios vinieron en cascada: en la liturgia, en la vida consagrada, en los seminarios, en la catequesis, en la relación con otras iglesias y confesiones...

Llegaron las sorpresas: las vocaciones iban disminuyendo, los curas dejaban el ministerio y los frailes abandonaban el convento. ¡Menuda sangría! Sin embargo hubo cosas muy positivas: nuestra identidad como religiosos se iba clarificando, nuestra oración se iba fortificando, veíamos donde se encontraban los elementos esenciales. Nos dábamos cuenta que había mucha hojarasca que podíamos abandonar en la cuneta. La verdad es que a veces se nos pasó la mano y cortamos ramas que después no han florecido.

Mirando para atrás y pensando en los pasos y tropiezos que dimos, todo fue gracia. ¡Bendito Concilio porque conocimos más al Señor y porque nos acercamos más a su Palabra!

No podemos silenciar el paso que dimos en la liturgia, fue lo primero de todo. Resultó apasionante aunque en la limpieza de las iglesias echamos a perder algunos tesoros que no recobramos. Pero la nueva mentalidad nos hizo experimentar la presencia del Resucitado y nos devolvió la sencillez de la celebración.